

“Nuestra pequeña Lulú: de la identidad por mandato a la identidad por deseo”

Por lo tanto, si aceptamos que es mejor lo no conocido aunque al principio nos parezca malo, que lo conocido aunque siempre nos haya parecido bueno, podemos introducir en forma penetrante el concepto de **sexualidad represora**.

A los efectos de esta presentación, definiré al Ello como una tierra del nunca jamás, donde todos los deseos permanecen siempre iguales. No hay crecimiento, si por crecimiento entendemos someterse al tabú del deseo que la cultura represora impone. El Yo es un inquilino con aviso de desalojo. Sufre la *“vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser”*. Pero a diferencia del bronce que sonríe, cada día no canta mejor. El “Yo” es, según Freud, siervo de tres amos (el Ello, el Superyo y la Realidad) y eso que no conocía la flexibilización laboral ni tampoco las diversas formas de la banalización. El Superyo amerita pensar una definición sui generis: *mezcla nada rara de cura y de policía que todos tenemos adentro*. Su afición más sostenida: castigar, culpabilizar, condenar. Todo en ausencia del acusado, es decir, sin que el sujeto sea conciente de todo ese mecanismo infernal montado en su mente. *¿Qué hice yo para merecer esto?* Nada, pero no interesa. El superyo castiga el deseo, mucho menos el acto. Pecar es desear el placer. El superyo combate la sexualidad yoica, que, alimentada por la usina pulsional del Ello, quiere descarga. Quiere placer. Quiere ser feliz, aunque sea un poco más.

La sexualidad reprimida, más allá de las veleidades sesentistas, fue objeto de un nuevo acto psíquico y político. Esta verdadera “operación masacre” consiste en que el superyo y la prolongación social que Freud denominó masas artificiales¹, además de reprimir a la sexualidad, **reprimen con la sexualidad**.

La idea de una sexualidad represora es extraña al sentido común. Pero es una necesidad teórica y un imperativo político. La liberación sexual sigue siendo necesaria.

¹ Freud designa como masas artificiales una multiplicidad aparente. Toma como paradigmas la Iglesia (católica) y el Ejército (prusiano) Lo artificial es que todos responden a Uno. Por lo tanto la masa artificial amputa la singularidad: es todos para el Uno. (Papa, general, Caudillo, etc.)

Desde el marco teórico del psicoanálisis implicado, el concepto de sexualidad represora nos permite pensar la captura superyoica de la sexualidad. La heteronormatividad, el binarismo de género, el mandato reproductivo, el reduccionismo biológico de la identidad, son obstáculos para el pensar y el ejercer la potencia liberadora de la plena sexualidad. La realidad sexual desde los marcos represores, deviene encubridora y alucinatoria. Pretendemos el análisis de la normativa de una supuesta evolución psicosexual, la afirmación de lo pre genital y genital es una escala evolutiva, la concepción moralista que juzga a las denominadas conductas perversas, el reduccionismo nunca superado para entender a la sexualidad como equivalente a sus prácticas de penetración corporal, el maniqueísmo sexista donde mujeres y varones sostienen baluartes eróticos diferentes e incluso incompatibles. Buscaremos poner en la superficie del debate los denominados “políticas de reconocimiento”, que incluye la lucha por una ciudadanía travesti transexual, la denominada sexualidad represora. La captura superyoica de la sexualidad ha transformado a ésta, que Freud definiera como “el placer ligado al cuerpo”, en una maquinaria de sometimiento, maltrato y violencia. El abuso sexual, la explotación de mujeres, niñas y niños con fines de explotación sexual, las prácticas incestuosas, la pornografía, la publicidad, son analizadores poderosos del pacto mortal entre la sexualidad y las maquinarias de producción de dinero y de placeres alucinatorios. La sexualidad represora anula y amputa la dignidad y la autoestima que en la construcción de la subjetividad, estuvieron siempre asociadas a la satisfacción auto erótica o vincular de la sexualidad.

Identidad sexual que para la sexualidad represora tiene como única acepción la “identidad genital”. Desgenitalizar la sexualidad es una premisa necesaria para poder repensar la sexualidad subvirtiendo los patrones de la reproducción, de la propiedad privada de los cuerpos y los placeres. El denominado por mí “psicoanálisis de palacio” ha sido copartícipe no pocas veces de una forma reaccionaria de diagnosticar como enfermedad la diversidad sexual. La despatologización de la transexualidad es también una lucha teórica y política que sostenemos y en la cual contamos con numerosos trabajos y experiencias.

Digámoslo rápidamente. La sexualidad no tiene cara de hereje. En todo caso, la herejía es condenarla a los diferentes equipamientos disciplinadores que la cultura represora construye con prisa y sin pausa. Y no es casual que se nombre como “minoría sexual” a todas las fugas y desbordes de esa matriz reguladora y coercitiva que algunos llaman moral, otros ética, y los menos rebuscados directamente edictos policiales. Digámoslo rápidamente. El discurso y la praxis GLTTBII es una lucha sin cuartel, porque los cuarteles son para otro tipo de luchadores, pero sí con refugios autogestionarios, para enfrentar siglos de mandatos, la mayoría de supuesto origen divino y la mayoría de no supuesto destino nefasto. Si Descartes postulo el “Pienso, luego existo”, de lo que estamos hablando es del pasaje a un “Gozo, luego existo mejor”. Freud lo dijo claramente, y como pienso que “cada uno tiene el Freud que se merece”, lo citaré cuando ayude a mis propósitos y no citaré nada que pudiera contrariarlos. Después de todo, todo molino, excepto los de viento, necesitan agua. Decía que Freud dijo que el placer sexual es el paradigma del placer. Lo que inaugura el creador del psicoanálisis podría resumirse en esta afirmación: “otra subjetividad es posible”. Es decir, el pasaje de una subjetividad tiranizada por los mandatos, a una subjetividad liberadora de deseos. Las “minorías sexuales” son afirmaciones deseantes. Si pensamos que la derecha siempre tiene razón, aunque sea una racionalidad represora, lo de minoría alude a que solamente una minoría en el marco de la cultura represora tiene como fundante de su vida el deseo. Las “mayorías sexuales”, con diversidad de sacramentos religiosos, laicos y estados intermedios, cultivan la yerba mala, que como sabemos nunca muere, de mandatos, obligaciones, culpabilizaciones varias, pactos perversos, consensos gomosos, etc. La cultura reconoce, y negando que lo reconoce, discurso paradójico paradigmático de la derecha, que sostener el deseo es una cuestión de minorías. Las mayorías silenciosas sostienen otras cosas. Aclaro: las mayorías, a pesar de ser silenciosas, repiten hasta el hartazgo aquello que nunca fue escuchado, que nunca fue entendido, y que incluso ni siquiera sirve para ser utilizado. Pero que tiene una función determinante en soldar para toda la eternidad biológica, que no es poco, el deseo con la culpa. “Culpa por desear”. El mandato de todos los mandatos, el cantar desafinado de todos los cantares. El enorme mérito científico y político de Freud, que aún la cultura represora no perdona, es haber habilitado un discurso no represor, y en cierto sentido liberador, sobre la sexualidad. Y

marcar que lo que se denomina heterosexualidad, genitalidad, penetración vaginal, y todas las formas aceptables, aunque de todos modos rigurosamente vigilados de sexualidad, es apenas una de las formas de organizar el devenir sexuado del sujeto. La rotunda afirmación: “toda sexualidad es perversa”. Sepulta, (*aunque los muertos vivos científicos siempre regresan*), al cebo vincular monogámico, heterosexual reproductivo, que algunos llaman matrimonio. Incluso lo caracteriza como una de las formas de disciplinamiento y atrofia de la sexualidad. Decir que la sexualidad humana es perversa implica que la sexualidad tiene como objetivo explícito la ganancia de placer. Que no se trata de la satisfacción del deber cumplido, sino de la alegría del placer logrado. Por supuesto, que señalar que el fundamento de la vida es conseguir placer, despierta las iras de los custodios del templo de la humanidad residual. Por la razón, que quizá no sea sencilla, que identifican placer con egoísmo, con individualismo, con la adoración del ombligo, con el sálvese y disfrute quien pueda. El anatema que la cultura represora decreta para el placer termina fusionándola con las peores calamidades. Cuántas veces hemos escuchado el reproche escandalizado: “¡hace lo que quiere!”. El peor de los pecados para el orden represor. Solamente se puede hacer lo que te ordenan, o someterse a amenazas, o actuar por terror al castigo. No hay espacio para el deseante albedrío. “Serás lo que debas ser, y si no, no serás nada”. Un garrón. Habilitar en la cultura espacio para el despliegue del deseo es una forma de pensar el tema de las minorías desde otro paradigma. Debo decirlo con una mezcla de bronca y tristeza. Aún en la teoría psicoanalítica, el paradigma de la culpa fundante tiene vigencia. Nacemos con deuda, nacemos con culpa. Culpables de desear desde el nacimiento, deseamos la culpa hasta la muerte. Por lo tanto: ¿Cómo la cultura represora va a tolerar, no digo a una minoría, digo a la minoría de todas las minorías, un sujeto aislado que grita por su deseo, que se anime a sostenerlo y que se anime a consumarlo? Y como ofensa y desafío intolerable para la cultura de las sexualidades muertas, ese sujeto pretende y además consigue que su cuerpo pierda para siempre su fundante biológico y recupere, invente, despliegue la erogeneidad hasta un extremo que la soldadura “genitalidad-sexualidad” jamás podría lograr. Ya ni en la paz de los cuerpos creo, podría decir uno de los tantos custodios sacrosantos de la vida como debe ser vivida, o sea, como muerte en vida. El travestismo, por todas estas consideraciones y otras que iré desplegando, se

constituye en un poderoso analizador de la sexualidad. Creo que tanto de la heterosexualidad cuanto de la homosexualidad. Abre la pregunta no por el objeto de deseo (oscuro, claro, transparente, único, contingente) sino por el deseo como organizador del sujeto. Si el decir freudiano establece que “el yo es la proyección mental de una superficie corporal”, entonces cuando el Yo deviene Sujeto, nuevas superficies corporales podrán sostener nuevas proyecciones mentales. Sujeto- Sujeta que no anudará su deseo. Sujeto – Sujeta liberado a una travesía institucional solamente sugerida por la brújula del placer. Quizá una de las más apasionantes aventuras para la humanidad. Indagarse sobre el extremo límite donde su condición deseante se sostiene. Y entonces, sostener que nunca el deseo tendrá la cara de un hereje.

En el presente texto he aludido en reiteradas oportunidades al concepto de “cultura represora”. Es necesario alguna precisión. Cultura Represora no es la cultura de la represión, aunque por supuesto, la represión es una convidada siempre presente, y no precisamente de piedra. Antes bien, la represión también utiliza piedras, y la lapidación pública mantiene vigencia plena. La cultura utiliza la mistificación, la paradoja, el terror, la falacia, el silogismo bizarro, la humillación, la banalización del mal y también del bien, la hiper discriminación que deviene políticas de apartheid, propicia vendedores de alucinaciones, invierte toda racionalidad, fabrica pieles de corderos para todos los lobos, da mucho pan, preferentemente duro, solamente a los que no tienen dientes, asegura que al que madruga dios lo ayuda, sin aclarar que el requisito es que sea de clase media alta, habla del bien común para sostener el lucro individual, se asegura que los únicos privilegiados no sean los niños, cacarea el “nunca más”, mientras impone el “siempre más de casi lo mismo”. La cultura represora sabe que no puede abolir el deseo, ni por la razón ni por la fuerza, entonces lo que hace es formatear al sujeto para que termine deseando el mandato. Desear lo que el otro ordena. Desear la orden del otro. Y a esa absoluta subordinación, además la denomina valor. El mismo valor de Gunga Din aliado al imperio inglés. El fundamente deseante del sujeto no puede ser abolido, pero puede ser, y lo es casi siempre, degradado. Es el pasaje de la pareja, del vínculo amoroso y erótico, al matrimonio. En este curioso equipamiento religioso y laico, se ordena, se garantiza, la continuidad y vigencia plena del deseo. Algo así como el mejor servicio post

venta del mundo. “Usted desea hoy, mañana y continúa hasta que los separe la muerte, final del recorrido y de nuestros servicios”. Mandatos, bulas, edictos, mandamientos, juramentos, proclamas, sermones con o sin montaña, órdenes mediáticas que algunos llaman pautas publicitarias. El mapa de la vida con todos los detalles. El Filcar o GPS de nuestra vida, según posibilidades y recursos. “Usted está acá”. Un dedo que se pretende iluminador, cuando en realidad es acusador, señala los genitales del pequeño cuerpo. Un bebé ha llegado y el señalador absoluto de identidad actúa. Pene nene vulvita nena. Sin olvidar el lamentable “colita de adelante, colita de atrás”, que algunas madres y adyacencias pronunciaban, afirmación que exigía una intervención psiquiátrica más que una crítica epistemológica. La cultura represora debuta, lamentablemente debut por cierto, con un dedo que marca, imprime, y publica: “macho” “hembra”. Sin duda, pierde. “Macho y hembra” no va a andar. Más temprano que tarde, habrá que tomar partido. Es decir, terminar el partido lo antes posible. El cuerpo no admite el principio de incertidumbre, y no hay Heisemberg que valga. Certidumbre proclamada, que en realidad es certeza. Una creencia que no admite reparo, es una certeza. “No hay otra”, “es lo que hay”, “siempre que llovió, paró”, organizan la subjetividad como un cerebro plano, sin vueltas. El cuerpo se constituye como “único”. Un solo cuerpo verdadero. Monoteísmo hecho carne. Bien podrían decir los autócratas de la carne: “no invocarás a tu cuerpo en vano”. Y por lo tanto será en vano intentar el pasaje de un cuerpo anatómico, a un cuerpo erógeno. Y de un cuerpo erógeno a un cuerpo migrante, misión realmente imposible. Consérvate en el cuerpo donde empezó tu existencia. Es un cuerpo no deseante, organizado desde la sabiduría de la naturaleza, la genética, la inmortal memoria de la especie. Un cuerpo sin sujeto, pero que gracias a dios tendrá otros que sabrán leerlo. Y ese sujeto que se construye tendrá marcas que desde el afuera le dirán que desear. Muñecas o Balones. El deseo, vivido como lo más propio, o más íntimo, lo más real que nos habita, ha sido construido desde un “afuera” que Freud denomina “masas artificiales”. Primera en la fila: la familia patriarcal, reproductiva, monogámica, heteronormativa, cuna de la obediencia debida y de toda solución final. La tristeza no tiene fin cuando comprobamos que nuestro deseo ha sido injertado y que para saber que deseamos, tenemos que mirarnos de la cintura para abajo y un poco de la cintura para arriba. Tragedia cuando deseamos lo que no tenemos que desear. Cuando queremos

existir como no tendríamos que existir. O buscamos otro cuerpo y subvertimos el cuerpo único que nos señalaron como fuerte de todo placer y deseo. La cultura represora adora lo "único". (Incluso un estadio único como el de La Plata). La operación represora se simplifica si previamente se compacta. El cuerpo único garantiza, cultura represora mediante, el placer único, la descarga única, la fantasía única. El único mundo feliz. Todo aquello que interpele, subvierte o pretenda arrasar el mandato de "lo único", será maldecido, castigado y arrasado. El travestismo organiza una lucha no solamente por la diversidad, sino por la "multidiversidad", interpellando desde el propio fundamento corporal, el delirante mandato de lo único. Este mandato tiene como aliado cultural la captura represora de la sexualidad, que he denominado Sexualidad Represora.² Freud define al placer sexual como el placer ligado al cuerpo. Por lo tanto para aniquilar el placer, hay que aniquilar el cuerpo. La cultura represora tiene varios posgrados en esos menesteres. Pero además de recurrir a la tortura, a la mutilación, para aniquilar cuerpos, también tiene mecanismos más sofisticados. La determinación del deseo desde un cuerpo único forma parte de uno de esos mecanismos. Y esto incluye a la honorable heterosexualidad. El denominado sexo anal, denominación encubridora porque en realidad lo anal es una referencia para la penetración pero el sexo no admite esos reduccionismos, es delito en algunos lugares. En otros, es delito y es pecado. Curiosamente, o no tanto, cuando se habla de sexo anal en una pareja heterosexual es tácito que el varón penetra a la mujer, que asume una pasividad mayor dentro de la pasividad standard. Un escotoma de género impide pensar o al menos, imaginar, que el penetrado sea el varón. Y si lo fuera, sería la confesión de parte (*la parte es, como se imaginan, el culo*) que permite el relevo de prueba. Ese varón, en realidad, es puto. Y como la derecha siempre tiene razón, aunque sea una razón represora, para la cultura represora la homosexualidad se define por el cuerpo anatómico. También el deseo es atornillado al cepo de lo único. Por lo tanto la sexualidad represora no solamente reprime a las formas no genitalizadas de la sexualidad, sino que también opera como doctrina de la seguridad libidinal en el propio interior de la heterosexualidad. Con esta convicción es que hablo del travestismo como analizador histórico de la heterosexualidad. El concepto de sexualidad represora no pudo ser pensado hasta que pudo ser disecado de los

campos de exterminio del placer que es la sexualidad reprimida. Para llegar a la optimista reflexión de que "otra sexualidad es posible".

Alfredo Grande

Publicado en Gacetillas Argentinas, enero 2013

ALFREDO GRANDE